

## Discurso de ingreso en la Academia Nacional de la Historia, por el Profesor Andrejulio Aybar, Académico de Número

Monsieur Olivier Patru fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1640. Patru era hombre de letras y hombre de gusto. Era sobre todo un buen abogado, puesto que sabía hacer hábiles alegatos y redactar hermosas defensas, y puesto que raramente se hacía pagar. Pero Patru no era poeta, ni novelista, ni filósofo. Patru no era ni Obispo. Patru no era ni siquiera Almirante, o Mariscal. Ni siquiera Marqués era Patru. Y Patru no tenía sino treinta y seis años. Por lo que Patru se consideró muy honrado con su elección. Y mostró su agradecimiento en un discurso tan agradable a los oídos de sus colegas que ellos decidieron exigir en lo adelante de todo recipiendario una arenga parecida el día de su instalación. La costumbre se estableció. Pasó a otras corporaciones. Vino hasta aquí y hasta hoy. Por lo que yo ahora estoy diciendo delante de ustedes estas mal pergeñadas frases. Algo mucho mejor merecía la bondad de los miembros de la Academia de la Historia al elegirme unánimemente. Y mi agradecimiento, algo mucho mejor merecía también.

Ah! Si pudiera yo ahora no caer en el hueco del énfasis, no tropezar con las citas extemporáneas, no perderme en los pensamientos sin substancia, cosas que Patru proscribía, pero que nunca abandonaron completamente aquella corporación que pasaron a otras, que vinieron hasta aquí, y hasta hoy. Si pudiera yo hacer más aquella sobriedad y aquella sencillez, cualidades características del estilo de Patru. A pesar de que su encuentro, en Italia, y en su primera juventud, con d'Urfé, cuenta entre lo que más lo llevó a dedicarse a las letras. Su encuentro y su grande amistad con Honoré d'Urfé, aquel amanerado autor de la "Astrea". No habéis leído esta pastoral? Es la cosa más fastidiosa. Y es también la más encantadora cosa. Si pudiera yo desterrar ahora de mis conceptos, ya que deseáis que me haga historiador, aquello que Platón exigía que se desterrase de la ciudad ideal, aquello que abunda en Platón, a pesar de Platón, que con no muy probada ingenuidad decía: "Muestro sencillamente su deber a los hombres, y me contestan que mi estilo es encantador". Pero, no estarías dispuestos a afirmar a Platón, como yo lo haría, si yo fuera

digno de hablar con Platón, que la poesía, en la ciudad ideal es en donde mejor estuviera? El alegaba que la poesía "es una completa ficción", que "no es la verdad, ni la sombra de la verdad", que "es la copia de la sombra, sin ningún valor". Pero, y la historia? Señores Académicos, hoy, y aquí, ya yo no me atrevo a decir algo que quisiera decir. Pero se lo haré repetir a Anatole France. "La historia es impúdica y disoluta, vendida a los poderosos, cortesana a sueldo de los reyes, enemiga de los pueblos, inicua y falsa".

Sin embargo, y dejando a un lado las venalidades y las torpezas, de los historiadores, ¿es esto culpa de los historiadores únicamente y en todo tiempo? En el curso de las edades, podían ellos explicarse y explicarnos siempre los sucesos y la causa de los sucesos? Historiador o filósofo, ¿quién comprende cabalmente la situación actual de la humanidad? Quién no se está hoy preguntando: ¿Es verdaderamente el hombre un ser monstruoso cuya inteligencia se derrama en torrentes de creaciones que él no puede ya represar? ¿Es su mente la barca enloquecida que él no puede ya poner a rumbo? ¿Son sus pensamientos aludes que por todas las pendientes se precipitan, desolando? Sus trenes, antes procesionarios, diligentes y disciplinados, descarrilan. Las ruedas, desencajadas. Los piñones, desdentados. Los vagones de todas clases, confundidos y desbaratados. Los pasajeros, proyectados en babélica dispersión. Ya nada se está quieto. Ya nada parará jamás. El viaje no tiene término. Pero tampoco tiene dirección ni propósito. El hacedor está ahogándose en lo que ha hecho. Allí Babá supo decir el "ábrete, Sésamo", y ahora lo mefitiza la mofeta que la caverna de los cuarenta ladrones exhala. El Genio de las maravillas le hace daño al Aladino que lo evocó. El aprendiz de brujo no puede ya reducir las potencias que el mismo ha atinado a desencañar. No hay proporción para las obras. No hay módulo para los valores. Los productos no son suficientes, y sin embargo, se deprecian. La moneda no abunda, y se desvalora. Hoy si un Crespo enriquece es porque expolia, pues en el Pactolo no queda ya ni vestigio del oro que antes arrastraba en virtud de haberse el rey Midas bañado en sus aguas. La espe-



culación alcanza mayor recompensa que la labor. El trabajo que mejor remuneración obtiene es el de los que no saben trabajar. El producto del trabajo lo gozan unos pocos cuya única actividad es el descaro.

Señores, ya Séneca decía: "Queja fué ésta de nuestros padres, queja nuestra es, y lo será de nuestros hijos". Ciertamente. No es cosa nueva esto de considerar con tristeza la época en que se vive. Ni será tampoco esta vez la última en que los hombres tengamos que temer que nuestra civilización acabe y que hasta nuestra especie desaparezca. No es cosa nueva, pero es cosa siempre natural. Porque el adelanto exige más adelanto. A más progreso, más justa es la ambición de progreso. Además, mucho antes de nuestra era, los magos sabían porque se lo había enseñado Zaratustra, que el mundo es un drama. No perdamos la esperanza de que el desenlace de esta justa entre Ormuzd y Ahrimán consista en el triunfo del bien sobre el mal.

Señores, es también costumbre que el recipiendario discurra sobre la vida y la obra de su predecesor, y que el miembro de la Academia designado para contestarle examine los hechos y las obras de su nuevo colega. Yo he oído en París muchos de esos llamados elogios. Y puedo asegurar que suelen ser más bien quebrantamientos, descalabros y derribos. El público parisiense que presencia esto lo encuentra interesantísimo. No se puede asistir a una de estas solemnidades sino con invitación muy particular de algún miembro de una de las cinco academias que componen el Instituto de Francia. Y aun así es difícil encontrar lugar, como no se espere en fila, a veces durante toda una mañana, a la puerta del Palacio Mazarín. Yo debo la satisfacción de haber asistido bastantes veces a dichos espectáculos al sabio paleontólogo M. Emile Cartailhac, y sobre todo a mi ilustre amigo M. Emmanuel Leclainche, que los médicos de nuestro país conocen sin duda, y que yo me complazco en nombrar aquí. Cualquiera temblaba al oír al nobilísimo hombre público, Monsieur le Comte Albert de Mun hacer el elogio de Monsieur Henri de Régnier, buen novelista y mejor poeta, que a la deslomadura no oponía sino un ojo irónico detrás de su monóculo.

Yo no necesitara monóculo para oponerlo ahora al señor académico encargado de recibirme aquí. Tal vez sería más bien menester que yo le suplicara que me sea severo, que me descubra lo malo en mí. Porque lo bueno mío a mí también me lo parece, y no necesito que me lo hagan conocer, mientras

que lo mío malo no lo conozco, puesto que no lo he extirpado aún.

En cuanto a que yo cometa extorsión ninguna contra Pedro Henríquez Ureña, es cosa imposible. Porque no soy tan injusto que llegue a poder decir mal de él, o a no decir el bien que de él se debe decir. Hacía más de treinta años que nos habíamos separado en New York, donde sus estudios lo pusieron en aptitud de ejercer el profesorado como lo ha ejercido en los Estados Unidos y en México y como lo ejerce hoy en la Argentina. Y el año pasado me honraba él aquí presentándose a los suyos como uno de sus maestros. En efecto, yo le dí algunas lecciones de lenguaje. Pero sus verdaderos maestros de aquella época fueron la competísimas señorita Leonor Feltz y mi hermano Francisco Raúl, que siempre tuvo mayor devoción que yo por la enseñanza, cuyas cualidades de rectitud, de inteligencia y de bondad le han valido muy justamente, al igual que la amistosa recordación de un Pedro Henríquez Ureña, el valioso testimonio de cariño y de reconocimiento de muchos jóvenes sobresalientes de las últimas generaciones. El, como su antiguo alumno Pedro Henríquez Ureña, está dotado de aquella firme benevolencia que permite ver con serenidad que llegan flechas de valientes arqueros o higos de cobardes sicofantes.

La sabiduría de Pedro Henríquez Ureña la han ido divulgando sus libros, escritos en un estilo que tiene cadencia de savia fuerte, que va formando madera sólida, y que revienta en flores y se prodiga en frutos. Sus obras son ya numerosas, son útiles y bellas, y versan principalmente sobre la filosofía y las letras. Su erudición literaria abarca varias lenguas. Su gusto y su conocimiento de las artes son acendradísimos.

Desearía yo, sin embargo, dilucidar con él algunas de las conclusiones que saca de sus diligentes búsquedas. Pero esta discusión no cabe aquí. Su libro, *La versificación irregular en la poesía castellana*, trae un corto prólogo del Señor Menéndez Pidal, que dice que Pedro Henríquez Ureña "alguna vez se deja llevar irresistiblemente fuera de la versificación para agrupar algunos asuntos de la poesía lírica, de modo que, en ocasiones, deja de hacer un estudio de formas para esbozar el de algunos temas poéticos." Yo de esto me regocijo mucho más que el Señor Menéndez Pidal cuando añade: "Eso vamos ganando". Las obras en que Pedro expone el resultado de sus propias meditaciones tienen, a mi ver, mucho más grande valor, no sólo de arte sino de provecho. En ellas su pensamiento se hace edificante. Aquí es don-



de aparece el Pedro de doña Salomé, el Pedro que no desmiente el maternal oráculo que dice que "Entre el ruido del mundo irá sereno", y que "busca la luz, como el insecto alado y en sus fulgores a inundarse acude".

El tiempo que os puedo tomar hoy sin abusar de vuestra atención, es demasiado corto para poner en él toda mi admiración y toda mi alabanza. Aquí vimos a Pedro Henríquez Ureña, en licencia de sus importantes cargos en la Argentina, dedicar sus claras facultades y su alto espíritu a cumplir lo que el mismo día de su llegada nos prometía, esto es, trabajar con todas sus fuerzas. Alguna parte de su actuación ha sido diversamente juzgada entre nosotros. Yo se la agradezco toda. Y principalmente aquel ensayo para completar nuestra enseñanza universitaria, "en aquella quijotesca jornada", diré yo ahora, copiando exactamente las palabras que Pedro usó para referirse a empeño igual realizado por él, Alfonso Reyes y otros compañeros, en México, en 1913, "en aquella quijotesca jornada en que creamos, sin ayuda oficial los cursos superiores de humanidades en la Universidad".

Y llegaron a funcionar las cátedras de moral, de filosofía, de historia general, de historia de la literatura y de las artes, de lenguaje español y de francés. No se podrá decir que sin esta facultad nuestra Universidad está desesada. Pero sin ella se queda, ciertamente, desespiritualizada. Esto da como resultado educativo, lo que Karl Marx llamaba, burlescamente, la separación del hombre de consigo mismo. Pedro Henríquez Ureña dice, hablando de una reciente generación argentina, que a ésta "le preocupaban, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarles carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos". Así hace Pedro Henríquez Ureña. En otra página suya se lee: "En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor de las ideas libres, antes reafirman la fe en los conceptos de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoy los hizo la edad conservadores ni renegados." Así le pasa a Pedro Henríquez Ureña. En sus críticas nos parece discernir que Pedro Henríquez tiene muy en cuenta el precepto de Goethe que dice: "Es bueno corregir e instruir, pero vale más todavía alentar".

Señores, yo nunca fui humilde. Cada día lo soy menos, forzosamente: Mientras más vanidades desestima el hombre en sí mismo, más se afirma en su propia estimación. Durante casi seis lustros de ausencia, durante seis años transcurridos desde mi

vuelta, no encontré motivo de abatir mucho mi soberbia. Y hoy me siento algo tímido, aunque a la vez muy lisonjeado, de que me hayáis escogido para sentarme entre vosotros, en el puesto que al ausentarse deja vacante Pedro Henríquez Ureña. El brillo de sus huellas va a seguir revelándonos la belleza de su viaje. Quisiera yo tener, a más de sus claras luces, su entera mansedumbre, para vivir alumbrando, y sin querer poner en el arco ninguna cuerda de la lira.

Estudiar al hombre, eslabón de la vida, en su actividad y en su desenvolvimiento social y político, estimularlo a hacer de la mejor manera lo mejor, y a mejorar lo que hace, para su propia satisfacción y cada vez más en armonía con su propia naturaleza, enseñarlo a preservar la tradición, como cosa bien adquirida, que es ya patrimonio general, que no se puede tirar por la ventana, pero que tampoco ha de oponerse a la crítica que ejerce el entendimiento en progreso, ni ser obstáculo a las innovaciones consecuentes, sino servirles de apoyo, para que puedan establecerse con la grande independencia que cabe dentro del orden que a la vida común es necesario, tal es la finalidad de la historia.

Así entendida, la historia va desde lo más inmediato y cotidiano hasta lo más distante y eterno. Abarca desde el brutal y desmañado intento de realizar obscuras intuiciones hasta la sabia y diestra operación de agrupar en apretados haces sólidas doctrinas. Dice la rémora que son para el hombre las necesidades de poca importancia que lo solicitan y la aspiración del ser consciente a sobrepasarse a sí mismo. Hace del hombre un conglomerado de vidas, o lo muestra creado de golpe por la voluntad de un Dios, único o múltiple, benéfico y maléfico a la vez, que hace buenas y malas obras. Un Dios con la inteligencia de un hombre mediocre. La historia saca al hombre de su caverna y lo encamina por la senda que lo conduce hacia el universo. Cuenta cómo fué creado este hombre en un edén, jardín azul, paraíso del deleite, primitiva Arcadia de la inocencia y del regalo, y no cupo entre sus lindes. Lo describe montado en sus yeguas, galopando por los caminos de los herbazales, al convite de la aventura, con el rumbo que le marcaba el sol. Lo lleva a poblar el triforme continente, a bogar sobre su mar mediterráneo, a inventar el océano, a violarlo con la proa de sus naves, pasando entre el Calpe y el Abila, que detuvieron a Hércules, y a quebrantar el mito de la Atlántida, sustituyéndola con nuevos y multiplicados horizontes, y con un



mar de sargazos, y con las Américas. Lo hace doblar el tamaño del mundo, redondearlo, echarlo a rodar en compañía de otros mundos por el infinito espacio, suspendido por dos opuestos polos a la vez. Lo muestra escarbando en el espesor de la tierra, sondeando la profundidad del mar, explorando la vastedad del cielo. Sigue las huellas del audaz aventurero y las visiones del prudente sabio. Su lenguaje, llano generalmente, se hace a veces tan simple que raya en simpleza, y a veces tanto se eleva que nos causa vértigo. Nada por grande se le impone, nada desprecia por pequeño. Marca el lugar en donde fue Troya. Inscribe el nombre del campo comprado con los treinta dineros que devolvió Judas. Nos hace saber que los cristianos llaman Sangreal la copa en que José de Arimatea recogió la sangre de Cristo. Afirma que los mahometanos dan el nombre de Al-Sirat al puente que va de este mundo al otro, y que es tan ancho como el hilo de una araña hambrienta. Señala el valle en donde debían sonar recias trompetas, que han enmudecido de debilidad ante el horrisono cuerno de Astolfo en automóvil y del retumbante olifante de Rolando, convertido en alto parlante. Describe los tanteos que fueron necesarios a las manos del hombre antes de hacer plástica la belleza, de fijar los colores, de despertar los sonidos, y ensartarlos, y desgranarlos, y lanzarlos en corriente de melodía y en tempestades de armonía. La historia obra a veces como un pintor que con luces y sombras y con líneas y colores nos representa una floresta sin darnos idea de si es floresta de pinos o si es floresta de encinas. Y otras veces la historia emplea sus pinceles y sus colores en pintarnos no la floresta sino en la floresta un fuerte roble, o un hermoso racimo de la viña que el roble sostiene, o no más que una parásita yedra.

La poesía la descubre ella en todas las cosas. En el caos de la ignorancia, en la parada de los dioses sobre la Tierra, en sus luchas por la precedencia, en sus celos mutuos, en sus rivalidades con los hombres, en su gloriosa inmortalidad de un día y en su gloria ya difunta desde hace millares de años, en la divina excelcitud de Zeus y en sus humanas flaquezas, en su rebelión para destronar a su padre y en la obediencia con que por temor se somete a Hera, en el amenazante y perdonador *quos ego*... de Poseidón, en la voz de los oráculos, en el encantamiento de la magia, en las desvirtuadas predicaciones de Casandra, en la esfinge que cuando Edipo se dirige a Tebas le sale al paso con su enigma y con su hambre, y en la aflixión de Andrómaca

cuando en la corte de Pirro recuerda el Sirmois, en cuyas orillas se elevaba su hogar troyano, y en el llanto de Rachel en su sepultura a orillas del camino por donde van pasando, desterrados, los hebreos, y en las arpas colgadas de los llorones sauces, en la influyente enseñanza de la fábula, en la creación del hombre, creador de dioses, que los va creando mejores a medida que él mismo va siendo mejor. Y en el *Fiat!* de Jehová, en su Adán, *que has hecho de tu hermano?*, en su voluntad incompasiva antes de que se hiciese cristiano, en lo celestial como en lo terrenal como en lo infernal del Viejo Testamento, por el que vemos que si algunas veces los dioses tuvieron sed de sangre, Dios también, algunas veces. Y en el Nuevo Testamento, que es el viejo Testamento filtrado, al que de éste pasan pocas impurezas y que tiene la sal de la caridad y el condimento de la esperanza. Y en las enigmáticas figuras que acompañan a los evangelistas: El efebo de San Mateo, el león de San Marcos, el toro de San Lucas, el águila de San Juan. Y en el inspirado anuncio de los profetas, y en el anatema que ruge el Bautista, y en la decapitación de este Precursor, cuya cabeza es la moneda con que Herodes paga el baile de Salomé, y en el advenimiento del Salvador, varón de dolores, hijo de Dios porque era hombre, y en las parábolas de Jesús, en su pasión y muerte, y en el *no conozco a tal sujeto*, de Pedro, y en la teatral conversión de Pablo, en la propagación del cristianismo, en las prédicas y en los martirios de los cristianos, en las guerras que sufrieron y en las guerras que promovieron. Y en las matanzas, en los progromos, en las cruzadas, en las San Bartolomé, en las llamas que consumen la débil carne de Juana de Arco y le dan a su espíritu herbíco alas de paloma, en las brasas que al cuerpo de Guatimozín le quitan la facultad de huir que el alma de Guatimozín no quería tener, y en el árbol de la noche triste, como en los naranjos de Bernal Díaz, como en el junco verde que junto a la nao Santa María anuncia que la tierra está próxima. Y en tantos hechos y en tantos decires de nuestra edad moderna, que tal vez no es nuestra sino porque la vamos inventando, ya que, según la ocurrencia de los hermanos Goncourt, "la antigüedad ha sido inventada para que sea el pan de los profesores".

Pero en cambio de tantas futesas cuántos hechos y cuántos decires transcendentales quedan en la oscuridad de la ignorancia! Y cómo andamos desorientados cuando se trata del origen del hombre,



de la formación de los pueblos, de las fuentes de su cultura y de su progreso, o de la parte que en la civilización corresponde a las tradiciones religiosas, a las doctrinas filosóficas, a las artes, a las ciencias! Navegamos en un barco sin brújula, enmurdos en un horizonte que parece vedarnos para siempre todos los puertos de arribo, que para siempre parece impedirnos la vuelta al puerto en donde nos hicimos a la mar y que hemos olvidado, ay! tal vez para siempre!

No llega todavía el domingo del historiador. Ni seis días ni seis mil años han bastado al hombre para completarse a sí mismo, compenetrándose con el hombre, humanizándose. Como no le han bastado tampoco para completar su universo, conociéndolo, explicándose. El que consideraba a Delfos como centro del mundo, el habitante de las costas y las islas del mar grande, como lo designa la Biblia, va, etapa por etapa, quitándose vendas, derrumbando tabiques. Ya ve, hacia el levante, más allá de la Lidia, de la Frigia, más allá del Eufrates, que los bizantinos llamaron luego la senda líquida. Ya ve más allá de la Caldea, más allá de la Persia, más allá de la India. Un día, siguiendo el camino de la seda, descubre, tras la comba de la Tierra, los imperios amarillos, aislados por los montes más altos, aislados por las murallas más prolongadas, aislados por las más numerosas islas, por las más grandes distancias, por las más cortas relaciones. Se vuelve hacia el lado de la noche, como se llama el norte en los cantos de Homero, y siente bullir peligrosas hordas. Se vuelve hacia el lado del día, y más allá de la antigua Sai, de donde partieron los colonos que fundaron Azine, que después se llamó Atenas, y más allá del valle del Nilo, río azul, río blanco, río de las gacelas, río de los siete mil kilómetros, río que nace en la Luna, "serpiente mítica", pulmón de aguas fecundantes, nodriza del valle que fué jardín de la más remota civilización, río en cuyas aguas los coptos ponen todavía cada año la esperanza de su propia bendición, como hacían los rusos, hasta hace pocos años, en el Neva, con gran pompa, delante del Emperador y los grandes dignatarios del imperio, como los sismáticos de Oriente, siguiendo la tradición de las antiguas iglesias del Asia Menor, bendicen todavía el Jordán para celebrar las Epifanías y las Teofanías, y más lejos aún que la Etiopía y que la Libia, por cima de los ardidos desiertos donde el silencio es soledad, allá, bajo la exaltación de los trópicos, aquel indoeuropeo alcanza a ver la extendida y es-

pesa sombra de la raza negra, que para la historia ha sido carbón que no ha dado nunca un diamante, noche en que jamás ha brillado una estrella.

Se vuelve hacia el poniente. Surca con sus caballos de mar las tirrenas ondas. Funda a Roma. Y Roma empieza a crecer. Siete colinas ocupa progresivamente. Y uno tras otro siete reyes reinan. Y cada uno es más grande que su antecesor. Y Roma sigue creciendo. Ya Roma desborda de sus siete colinas. Ya Roma desdén los reyes. Ya Roma es República. Son ya muchos los romanos. Y se han hecho diferentes los unos de los otros. Estos son patricios. Estos son plebeyos. Pero todos quieren la soberanía, porque todos se sienten romanos. Ya los plebeyos escalan las magistraturas. Las ambiciones de los romanos no caben ya a horcajadas sobre el Tíber, entre la costa occidental del Lacio, a veinte y dos kilómetros de las siete célebres colinas, y los otros veinte y dos kilómetros que de los montes Apenninos las separan.

Como había sucedido a los griegos, los romanos dejaron de combatir para combatir juntos. Italia entera es pronto romana. Pero se siente que, muy cerca, rivaliza con Roma Cartago. Los mamertinos, establecidos en Sicilia, llaman a los romanos contra los cartagineses. Cualquiera pensara en los filibusteros y en la isla Tortuga. La primera guerra púnica le cuesta a Cartago la pérdida de Sicilia y una indemnización. Ya se usaban éstas. La segunda guerra púnica es de Aníbal, que vence las legiones romanas, pero no vence a Roma. Más de tres lustros, día tras día, hubieron de clamar los romanos: **Annibal ante portas!** Pero la falta de refuerzos, la prudente táctica de Fabio el temporizador, y las delicias de Capua, en donde Aníbal inverna, pusieron en su contra al tiempo. Los romanos osan llevar la guerra al Africa, a donde Aníbal vuela y en donde Aníbal ve a Cartago vencida, porque Aníbal es Cartago. Aníbal, acosado, va a Efeso. Lo besa un Judas. Aníbal va a Bitinia. Lo abandona un Pilatos. Y Aníbal va, para no ser esclavo, a la muerte.

La tercera guerra púnica es de Catón. Cartago se reponía, como león en su antro. Catón no duerme ni deja dormir. Su **Delenda est Cartago**, discordante coda de sus discursos, hace que los oriundos de la arrasada Troya arrasen a Cartago.

Ya Grecia, la tan gloriosa Hélade, no es más que una provincia romana, y se llama Acate. Pero seduce a sus dominadores con el prestigio de su cultura. La ilustración le llega siempre a Roma de fuera. En Roma



se estanca o se extingue. El hecho impera en Roma, y ni viene del ideal ni lo forja. Nuevas desavenencias entre romanos. Se repetían las escenas fraticidas que la mitología cuenta que pasaron entre Etéocles y Polinices, hijos incestuosos de Edipo y de Jocasta, y que, reproducidas, dos siglos antes, entre Esparta y Atenas, y entre Tebas y Esparta, habían permitido el establecimiento de la hegemonía macedonia. Entre Sila y el primer Pompeyo (Strabo), los soldados de éste evitaron tales escenas, matándolo. Entre César y Craso las evitó Orodes, llenándole de oro fundido la boca a Craso, mientras le decía: "Sáciate ahora de ese vil metal de que tan ávido fuiste durante tu vida". Y dos espadas amigas las evitaron entre Bruto y Casio, haciéndoles compartir la muerte después de compartir la derrota. Pero se reprodujeron entre Mario y Sila, entre Pompeyo y César, entre Augusto y Antonio. Para Mario, un triunfo, un lote de infortunios, y una muerte súbita cuando ejercía, otra vez en Roma, las represalias que deshonoran su recuerdo. Para Sila, laureles conquistados sobre Mitridates, una dictadura omnipotente y una espontánea abdicación en pleno apogeo que haría ya pensar en Carlos V. Para Pompeyo, la enemiga de los dioses y la aprobación de Catón. Para César, el brío de hacer cosas dignas de ser escritas y la gloria de escribirlas. Para Marco Antonio, el goce del amor que la victoria le da en Filipo y que muere con él en Accio. Para Augusto, los triunfos y las penalidades de nueve lustros de gobierno, la fama que le ganan sus tenientes guerreros y la celebridad con que le iluminan su época los grandes genios que se llamaron Virgilio, y Horacio, y Ovidio, y Salustio, y Tito Livio, y tantos más.

Los Césares. El Imperio único. El dominio sobre el mundo. Son romanas las Españas, y las Galias, y las Bretañas, y las Britanias, y las Germanias. Roma no inventa nada. Ni nada crea. Su nombre es anagrama de Amor, y ella no ama ni es amada. Roma conquista. Roma se añade países. Sus emperadores son príncipes que rara vez observan la regla que siglos más tarde Machiavello va a formular así: "Yo digo que todo príncipe debe desear ser considerado como humano y no como cruel." Ellos con el sistema de la adopción perpetúan su poder más seguramente que por medio de la sucesión hereditaria, que era cosa del azar.

"El que adopta sabe lo que hace", decía Galba.

Pero los imperios, igual que las torres, a su gran pesadumbre se rinden. El imperio

romano se partió en dos. Vino la decadencia, con sus corrupciones y sus flaquezas. Vino la caída, vino el desmembramiento. Los bárbaros vinieron. Los bárbaros, que llegaron hasta el Capitolio, sin que protestasen los gansos. Ya Manlio había merecido que lo precipitasen de la roca Tarpeya. Los bárbaros, que tiraron las barbas a los senadores, pues no les parecieron estar formando una asamblea de reyes, como le habían parecido al consejero de Pirro, Cineas. Los bárbaros, que hubiesen podido, parodiando a Filipo, interpelar así a los romanos:— Qué entendéis por Roma? Dónde ponéis sus términos? Y acaso sois romanos los más de vosotros? Y hasta podían añadir:— Os habéis criado todos a los pechos de la mujer de Fáustulo, pastor del rey Numitor, llamada Acca Larruñtia, Acca la Loba?

Y fue la oscura, la calumniada Edad Media. Y hubo corrientes de razas, impetuosas o lentas, superficiales o profundas, semejantes a las corrientes del océano y, como éstas, aun hoy no bien estudiadas. Y luego, en la escena de la historia, mareas invasoras, albas de naciones, días espléndidos, lóbregas noches, agrupaciones de pueblos, dislocaciones de imperios, guerras y paces militares, guerras y paces religiosas. Y las ocho cruzadas hacia oriente, expediciones de atridas sobre Jerusalén, resultado de predicaciones de santos, cumplimiento de promesas reales, empleo de aventureros durante dos siglos, a las que puso término un fracaso político total, y cuyo mejor resultado fue restablecer el contacto entre europeos y orientales y poner las especias tan a la moda que en el ánimo de Colón fueron igual incentivo que el oro. Y la cruzada de Inocencio III contra los albigenses, choque de fanatismos, retoño de rabias fraticidas entre Etéocles y Polinices. Y vino el feudalismo, soviets de soldados y de campesinos. Y la Inquisición, incalificable ejercicio de oscurantismo católico.

Grecia está sometida a los sultanes de Bizancio. Italia es presa de los Hunos de Atila, y luego es presa de los ostrogodos de Teodorico. Cuando los lombardos establecen sus ducados en el norte de la península, los emperadores de Bizancio instalan un exarcato sobre el Adriático, con Ravena por capital. Y Roma es de los papas, sucesores de Pedro el cananeo, pescador de hombres por la gracia de Jesús.

El historiador compara, en Grecia, la efectiva desolación en que los helenos vivieron, sometidos a los otomanos, con la prematura desolación en que hubiesen podido vivir, esclavos, veinte y cuatro siglos antes, cuando las espesas y eclipsadoras huestes



medas no hubiesen sido desbaratadas en Maratón, en Salamina, en Platea, en Micalé, y cuando el hijo de Milcíades, Cimón, después de la batalla de mar y tierra a orillas del Eurimedón, no hubiese prohibido a los persas el acceso a las costas de Asia Menor y la navegación en los mares de Grecia. Y asimismo, de Rómulo, el bárbaro fundador, a Rómulo, el despojado por los bárbaros, y de este último emperador al primer rey de la moderna Italia, Víctor Emmanuel, el historiador no podrá menos de comparar las prosperidades, los triunfos, las grandezas y apogeos, y los orgullosos imperialismos, con las decadencias, las derrotas, las humillaciones, las divisiones y subdivisiones que ha padecido el país de los césares y los emperadores, la patria de Rienzi, que, embriagado con el recuerdo de la antigua grandeza, declaraba que Roma, *il buono stato*, la señora del mundo, estaba en plena posesión de su derecho de gobernar a los pueblos, la tierra del gran Machiavelo, que ya había dicho, compadeciéndola, que se halló "más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, más dispersada que los atenienses, sin jefe, sin orden, batida, despojada, desgarrada, pisoteada". Hasta Vittorio Emanuele he dicho, pero debo decir: hasta la batalla del Piave, hasta el tratado de Versalles.

Un día, ayer no más, el hombre del mar grande rompió otra valla, contempló el océano, oyó que lo llamaba, y fue. Vinimos! Nunca antes se había soltado el hombre de la vista de sus costas. Sesenta días se contaron de sucesivos entusiasmos y decaimientos, de alternativas de temores y esperanzas. Jamás caminos húmedos habían sido tan largos como los que hubieron de recorrer las carabelas para abordar en los continentes que del Artico al Antártico les cortaban el paso. El ecuador terrestre aumentó de las cuatro novenas partes de su dimensión actual. Hombres que ya eran héroes vieron que en las que ellos llamaban Indias, por equivocación, las tierras estaban tupidas de flores, o que sin fin se extendían en océanos de yerba, o que sus horizontes se levantaban hasta las nieves perpetuas, en donde nacían ríos inmensos que hasta muchas millas dentro del mar todavía corrían. De la aurora al ocaso el Sol suprimía las penumbras. De noche brillaba una Luna que no conocía las nieblas, y daban claridad nuevas estrellas. Tierras ningunas brindaron nunca tantos atractivos ni opusieron tantos obstáculos. Los dos océanos que van de polo a polo y que de occidente a oriente ciñen el mundo, fueron españoles. España era entonces cuna de héroes, terraza sobre la aventura, tram-

polin de atletas, astilero de argos, embarcadero de argonautas que para cien Cólchidas partían, a descubrir, a luchar, a someter, a destruir y a construir, con sus armas de Toledo, con sus varoniles temeridades, con sus tácticas de soldados en las Francias, en las Flandes, en las Alemanias y las Austrias, y con sus tretas de luchadores por Sicilias y por Italias. Montados en sus corceles moriscos, más ligeros que Pegaso, que los convertían en centauros, al trote transponen las altísimas sierras, cruzan, al galope, las inmensas pampas, o pasean, al amble, por las calles de las ciudades que fundan: Los indios habían de parecerles moros. Se apoderan de Valencias y Granadas. Conquistán Méjicos portehtosos y Perúes que las torres de los Andes y los fosos del "Mar del Sur" salvaguardaban. Les disputan sus tierras a mansos moradores, a bravos guerreros, a caníbales feroces. Contaron luego que habían visto legendarias amazonas. Y recordaréis que Plutarco dice que siendo las amazonas por índole no desafectas a los varones, no huyeron cuando Teseo se presentó en el país donde las había. Hay que pensar que los descubridores, en viendo amazonas, no vacilaron en acometerlas, como no había vacilado Teseo.

No vienen ya sólo de España propiamente dicha. Vienen también de Portugal. Y vienen de Francia, vienen de Inglaterra, vienen de Italia y de Alemania. Vienen empujados por ambiciosas emulaciones, atraídos por el gusto de correr azares. Muy pronto viene gente de toda Europa. Y vienen, porque ignominiosamente los traen, hasta los negros de Africa. Y aquí Filippo, con sus preguntas:— Qué entendéis por América? Dónde ponéis sus límites? Y acaso sois americanos los más de vosotros?

Hay muchas cosas absurdas en América. A comenzar por su nombre y el de nuestra isla. Al país que habitaban los antiguos helenos los pueblos comarcanos lo llamaban Grecia. Pero los helenos no adoptaron este nombre. El de Italia parece venir de Italo, príncipe arcadiense que estableció una colonia en aquel país. Cabe todavía preguntar de dónde tomó su nombre Roma. Fue Rómulo su epónimo? Lo fue el Amor, su anagrama? Plutarco acoge la tradición que dice que las mujeres de la expedición de Eneas no sabían qué hacerse, muy molestadas por la navegación. Al llegar a las costas del Lacio, una de ellas, llamada Roma, que sobresalía en linaje y prudencia a las demás, propuso a sus compañeras dar fuego a las naves. Los hombres comenzaron por tomarlo muy a mal. Pero rendidos a la necesidad, se establecieron en el



monte llamado Palatino, esto es, Palacio. El país era excelente. Era la comarca en donde se había refugiado Saturno cuando Júpiter le acosó del cielo. El dios que en el Empíreo lo mismo devoraba hijos que piedras, había hecho reinar allí la paz y la abundancia, y había enseñado a los hombres la agricultura. Los manes de aquel mitológico antepasado fueron allí propicios. A los romanos les iba bien. Por lo que dispensaron honores a la mujer que había sugerido la quema de las naves. Y el honor más significativo fue que de ella tomara nombre la ciudad. Os suplico ahora recordar que al llegar Cortés a las riberas de Méjico algunas indias figuraban ya en la expedición. Porque yo deseo sembrar aquí la simiente de la leyenda que en los venideros tiempos diga cómo una de aquellas indias, que sobresalía en linaje y en prudencia a las demás, puesto que era hija del cacique de Oluta, sintiéndose, igual que sus compañeras, muy molestanda por la navegación, les propuso dar fuego a las naves. Los españoles empezaban por tomarlo muy a mal. Pero habían echado de ver que el país era excelente. Pensaron que Saturno iba a iniciar allí otra Edad de Oro, y que les iría bien. Como en realidad les fue, no muy dilatado. Por lo que dispensaron a dicha india, entre otros honores, el de que de ella, como de primera causa, tomara nombre la ciudad de que luego se apoderaron y que en vez de Tenochtitlan se llamó, en efecto, desde entonces Malinche, o si se prefiere, Marina, nombre con que hizo bautizar Cortés a la linajuda india, a la que tenía mejor voluntad que a Catalina Juárez, la joven con quien, en Santiago de Cuba, había costado tanto trabajo casarlo.

Sopló España, por debajo de Portugal, antitafiz de la Península Ibérica. Y el mito platónico de la Atlántida se disipó como niebla, y apareció el hemisferio occidental.

Las carabelas de Colón habían prolongado nudo a nudo la zona tórrida. El septuagésimo día, la isla de Guanahaní rompió el horizonte como una piedra, se introdujo en él y fue avanzando por crecimiento hasta abordar con los barcos. La expedición se encontraba a setenta grados de longitud al oeste de Palos de la Frontera. Pero según la cuenta de Colón, sin sumar la mil millas que hay entre España y las Canarias, nada más que a partir de la Gomera, y en treinta y seis días, habían recorrido unas cuatro mil cuatrocientas millas marítimas. Era muy poco más de lo que andaría un hombre a paso normal en el mismo tiempo. Pero hazaña portentosa en aquel arriesgado viaje en zig zag, sobre aquella desconocida ruta en que las agujas, enloquecidas, noruestaban, sobre a-

quella profundidad de las aguas que hacía inútiles las sondalezas, y viendo recular a cada hora horizontes que eran bordes del mundo.

Desde el doce de octubre navegó Colón tanteando islas. El seis de diciembre ya estaba a la vista de la nuestra. Entonces lo asaltaron los recuerdos de España, que encontramos en su diario como un baluceo. "...parecían las sementeras como el trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba," "...halló una grande angla, y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas, y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla" "...Llevó redes para pescar, y antes que llegase a tierra saltó una lisa, como las de España propia en la barca que hasta entonces no había visto pece que pareciese a los de Castilla". ... "Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla". Anduvo un poco por aquella tierra que toda labrada, y oyó cantar al ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla. Halló arrayán y otros árboles y yerbas como los de Castilla, y así es la tierra y las montañas".

El domingo 9 de diciembre está Colón en el puerto de San Nicolás, que "al cabo dél tiene dos bocas de ríos que traen poca agua. En frente dél hay unas vegas que son las más hermosas del mundo y cuasi semejantes a las tierras de Castilla, antes éstas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a dicha isla la **Isla Española**".

La Isla Española! En la carta que en el curso del viaje de vuelta escribió Colón a Luis de Santángel con fecha 15 de febrero de 1493, dice el Descubridor ... "había otra isla al oriente, distante desta diez e ocho leguas, a la cual puse luego nombre la Española". Y en la carta dirigida a Rafael Sánchez, Tesorero de los Reyes Católicos, se lee: "desde allí vi por la parte de oriente otra isla distante de la Juana cincuenta y cuatro millas, a la cual puse nombre Española".

La Isla Española! Es el único nombre que se le ha puesto, con el que fue conocida durante mucho tiempo y que figura en innumerables documentos, en muy claro español. Y hoy no lo lleva. En cambio, el nombre de América, que, por haber figurado en un solo documento, se aplica a cada uno de los continentes del hemisferio occidental, consagra una bastardía. Y aplicado exclusivamente a la primera república establecida en el continente norte, es un abuso, sanciona una usurpación.

Colón salió del puerto de Cádiz para su segundo viaje de descubrimiento el 25 de sep-



tiembre de 1493. Venían mil quinientos hombres en diez y siete embarcaciones. A fines de noviembre llegaron delante de la villa de la Navidad. La carabela Santa María que Colón montaba en el primer viaje, estaba considerada como el tipo perfecto de la arquitectura naval de aquella época. De su castillo de popa Colón había sido el primero en ver la lumbre en las tierras de occidente. La altura desmesurada de su proa debía preservarla de la sumersión. Sin embargo, no la había salvaguardado de encallar en aquel paraje once meses antes. Su maderamen había servido para hacer el fuerte en donde quedaron entonces treinta y nueve rascos y tres tenientes. Pero el fuerte había sido quemado. Y los hombres habían perecido. Algunos a causa de enfermedades. Otros tal vez de hambre. Y los más, seguramente, por la violencia que había respondido a sus violencias.

Abandona Colón el desgraciado sitio y va a fundar más al este, la Isabela, con capilla, edificios públicos, casas de habitación, depósitos y establos. Según la tradición generalmente adoptada por los historiadores, el día de los Reyes de 1494 se celebró la primera misa en la capilla. Fue verdadera solemnidad. Cómo no hubiese habido misa, habiendo cibdad, capilla, cura y feligreses? El Doctor Chancas, que era físico de la Armada del Almirante, escribió entonces a los Señores del Cabildo de Sevilla una tan interesante carta, que me hace pensar que, él era mejor cronista que físico y que Doctor. De aquel lugar decía: "...se deslinda con el agua, de manera que la mitad de la cibdad queda cercada de agua con una barranca de peña tajada, tal que por allí no ha menester defensa ninguna. La otra mitad está cerca de una arboleda espesa que apenas podrá un conejo andar por ella; es tan verde que en ningún tiempo del mundo fuego la podrá quemar: hase comenzado a traer un brazo del río, el cual dicen los maestros que traerán por medio del lugar, e asentarán en él moliendas e haciendas de agua. Han sembrado mucha hortaliza, la cual es cierto que crece más en ocho días que en España en veinte. Vienen aquí continuamente muchos indios e caciques con ellos, que son como Capitanes dellos, e muchas indias: todos vienen cargados de ages, que son como nabos, muy excelente manjar, de los cuales facemos acá muchas maneras de manjares en cualquier manera; es tanto cordial manjar que nos tiene a todos muy consolados, porque de verdad la vida que se trajo por la mar ha seido la más estrecha que nunca hombres pasaron..."

Lástima que el Doctor Chancas no tuvie-

se tiempo de desdecirse de su última frase, aseverando, después que por experiencia él lo aprendió, que el consuelo de la abundancia no dura siempre, que su goce degenera con frecuencia en desperdicio, que la vida más estrecha que hombres pueden pasar es la que pasan en donde quiera que tienen de todo lo que es bueno sin que ellos se cuiden de hacer que de todo lo que es bueno siga habiendo, y que vaya siendo mejor en donde quiera en donde dejen lo que es ya suyo para ir en pos de lo que ofrece en espejismos la ambición. Las hortalizas y el río en donde se debían asentar moliendas y haciendas y cuanto se podía hacer con agua se debieron de abandonar pronto por los ríos que arrastraban pepitas de oro y por los placeres de Santo Domingo de Guzmán, en donde se encontraban granos de oro como aquel que hizo escribir a Las Casas "...y yo lo vide bien visto.... era hermosísimo" Y que se perdió al naufragar Bobadilla (a la verdad sin juego de palabras) en el Placer del Estudio. Pesaba, al decir de aquel que llamaremos, con alguna intención, verídico Padre, treinta y cinco libras, y era tan grande como una de las hogazas de Alcalá que vendían en la villa, con peso de tres libras.

Hacia el 1500 ya los pobladores de la Isabela habían visto agotarse los frutos de aquel Edén. La serpiente de la fiebre les había envenenado la sangre. El hambre les había quitado la fuerza de vivir. Pero aunque muertos ya, los hombres, dejando a las mujeres en las casas, dormidas por cientos de años, salían a las calles y andaban "en dos ringleras, a manera de coros, vestidos como gente noble y del palacio, ceñidas sus espadas y rebozados con tocas de camino de las que entonces en España se usaban". Y cuando muchos años más tarde algún español de España o de la Española, yendo de caza, o estando perdido, pasaba por la Isabela y al ver a los de la procesión de la leyenda los saludaba, éstos, para responderles, no solamente se quitaban los sombreros sino con los sombreros las cabezas, y, descabezados, desaparecían.

A haber durado aquellas primeras fundaciones de la Navidad y de la Isabela, uno de estos dos nombres, corriéndose como gota de aceite, habría llegado a ser probablemente el de toda la isla. Así se llamó Babilonia toda la región que rodeaba a Babilonia y aun toda la Caldea. Así se fué extendiendo el nombre de Roma por todas las tierras en donde los romanos dominaron. Así los Estados Unidos de Norte América son designados por los otros pueblos con los nombres de New York, para la región del A-



tlántico, Chicago para las del Centro, San Francisco —y hoy más frecuentemente Hollywood— para el Far-West, que antes era comparable a lo que los griegos llamaban lado de la noche, a lo que los romanos llamaban países bárbaros. Así, para los haitianos, nuestro país se ha llamado, con bastante acierto, *Dominicanie*, esto es, *Dominicania*. Y el nombre de Santo Domingo, en español, o de *Saint-Domingue*, en francés, subió así por ambas márgenes del Ozama, hacia el norte, y se derramó por las sabanas del este y los valles del oeste, y fue muy pronto el de la ciudad, el de la común, el de la provincia, el de toda la isla. Y lo fue para los agricultores, para los ganaderos, para los bucaneros y los filibusteros, para los negros y los negreros, para Toussaint Louverture en cuerpo y alma y en el drama de Lamartine, para Víctor Hugo en "Bug-Jargal". Y todos, leyendo "Rolla", el poema de Musset, hemos declamado:

*Nègres de Saint-Domingue, après combien d'années  
de farouche silence et de stupidité,  
vos peuplades sans nombre, au soleil enchaînées,  
se sont-elles de terre enfin déracinées  
au soufuffle de la haine et de la liberté?*

La vida de cada pueblo, como la vida de cada ser humano, se sitúa entre un pasado que dura todavía y un futuro que ya comienza. Es no más una célula. El hombre ha ido grabando sus actos de civilización, y de barbarie, en escritos que toman las formas y los nombres de vidas y memorias individuales, comentarios, décadas, anales, correspondencias privadas, crónicas sobre sucedidos o funciones más o menos civiles, homilias más o menos sacerdotales, discursos acerca de la formación de los estados y la evolución de las naciones, notas diplomáticas, tratados internacionales, compendios del progreso mundial, capitularios y códigos, leyes y decretos, disposiciones locales, registros del catastro, registro de los impuestos, registros de policía, registros de los censos de las iglesias y de las abadías, manuales de artes y oficios, reglas de bellas artes, reglamentos para las obligaciones que impone la disciplina a los cuerpos militares, instituidos para darnos a todos seguridad, y que tienen en sus manos los medios de imponérsenos a todos, catecismos religiosos, que son "formularios comunes de instrucción para los muchachitos y los rudos del pueblo", como decía Calvin, y credos más o menos inflexibles que pretenden encarrilar por fuerza el espíritu y que ya hacían que Melancton clamara: "Oh Calvin! la ortodoxia es nuestra doxia, y la heterodoxia es la doxia de los otros".

Todo esto constituye los borradores de la historia, son la cantera de donde ella saca los materiales para la construcción de su templo, son los balbuceos de sus biblias numerosas y heterogéneas. Y la historia no se cansa de compaginar, de confrontar, de condensar estas expresiones de los ya pasados días. Queriendo explicarse a sí misma se hace filosófica. Y a sí misma se anticipa, sirviéndose de los todavía vagos conceptos de la sociología. A veces las ruinas de una ciudad desaparecida, los vestigios de un palafito, la inscripción en una piedra o en una moneda desenterradas, la hacen volver atrás, seguir otra dirección. Se hace paleógrafa, paleontóloga, numismática. Recurre a la fonética. Montmartre es un barrio situado sobre la más empinada colina de París, a unos 125 metros de altura. Bastante más elevado, pues, que nuestra Villa Francisca. Tres etimologías podían explicar su nombre: *Mons Martis*, o Monte de Marte, *Mons Mercurii*, o Monte de Mercurio, y *Mons Martyrum*, o Monte de los Mártires. Frédégaire, cronista del siglo VII, estaba por Mercurio, Abbon, cronista del siglo X, estaba por Marte. Y la tradición popular le daba el monte a San Dionisio, primer obispo de París, y a sus compañeros Eleuterio y Rústico, que allí fueron degollados en el siglo III. Y aunque hoy Montmartre sea, entre otras cosas más nobles, mercado y degolladero de mártires, la fonética, mezclándose en el asunto, ha dado razón a Frédégaire. Montmartre estaba consagrado a Mercurio.

La historia se comprueba a sí misma, o se corrige. Hoy cuenta más de un renacimiento. Y ensalza a los héroes de esas épocas, pero pone por encima de sus héroes a sus sabios pensadores, coloca más alto aún a sus incomparables artistas, y descubre en ellas los problemas que más actuales nos parecen hoy, religiosos, sociales, políticos, el individuo ante la colectividad, la democracia enfrentada con la dictadura. Luego compara la escuela averroísta de Padua con el humanismo platónico de Florencia y con la romana iniciación renovadora. Estudia la profundidad de su ciencia, la excelencia de su arte y su sociable y elegante vida. Un autor contemporáneo somete la historia de Atila a crítica advertida y científica. Y, como a los ojos de la hermana Ana, la yerba verdea a sus ojos, debajo de las patas del caballo del jefe de los Hunos. Del fondo de quince calumniosos siglos, el legendario devastador va saliendo con figura de heróico guerrero, y aun de mesurado diplomático, que, combatiendo el carácter de la civiliza-



ción romana, echaba las bases del Renacimiento.

La historia, siguiendo este retrospectivo examen, rehabilita la **edad media**. Ya no juzga que ésta fue no más que un saco de *discusiones, de disputas y de guerras*. Halla que los conventos eran academias de sabios, fábricas de artesanos, talleres de artistas. Encuentra también allí horas de vacaciones, de beatitud y de holganza. Los monjes las hermozeaban, a pesar de la austeridad de los dogmas, con el buen humor y el gozo que no son capaces de sentir, según se ha dicho más de una vez, sino los que tienen asegurada la vida material en este mundo y la vida espiritual en el otro. No era pues el **champagne** el vino de esta fiesta. El vino de esta fiesta era la alegría. Y debemos recordar, aprobando, que Lutero deseaba que la alegría fuese considerada como una virtud, y que Emerson ha dicho que el propósito de la humanidad es crear una cara apacible y sonriente. Concedemos, en cambio, que el descanso no reposa sino es entre dos fatigas.

La historia retrocede más aún. Y descarga a los bárbaros de la acusación de haber destruido la civilización romana, que concluía entonces su ciclo y en su propia cuna, poblada con doscientos mil habitantes en su mayoría extranjeros, en Roma misma, que ya no era ni la residencia de los emperadores, moría de muerte natural. Sus restos los salvaron los bárbaros, adoptándolos a raíz de las invasiones, adaptándolos a su propia manera de ser y propagándolos en los países en donde se establecían.

Los antiguos dueños de las tierras se vieron despojados de una gran parte de ellas por los invasores, quienes por tal causa se llamaron **huéspedes**, como se llamaban **suerres bárbaras** las porciones que les correspondían y que estaban libres de todo impuesto y toda servidumbre. Pero los romanos, que muchas veces se negaron antes a tratar con gente que no supiese el latín, podían ahora acomodarse a tratar con sus **huéspedes**, que entendieron pronto esa lengua. Y a poco tiempo y a más o menos distancia, hubo latín clásico y latín de los bárbaros de cada región del sudoeste de Europa, en los países mal llamados de raza latina. Porque, a la verdad, allí nunca hubo muchos latinos. En Francia, por ejemplo, en la época en que más hubo eran unos treinta mil. Desde los comienzos del siglo XIII ya fue verdadera traducción la que hubo de hacer Brunetto Latini, el maestro de Dante, al trasladar las obras de algunos autores antiguos a la nueva lengua italiana y a la

lengua nueva de oíl, hermana mayor del francés moderno. Este mismo Brunetto Latini, escribía entonces su "Trésor" directamente en francés. Y allí declaraba: "Aunque yo sea italiano, este libro está escrito en romance de Francia, puesto que el habla de los franceses es la más delectable y la más común entre todas las gentes". En efecto, en el siglo XIII, que M. Gustave Cohen se complace en llamar el Gran Siglo, porque es el de San Luis, el de Santo Tomás de Aquino, el de Dante, el de la fundación y el florecimiento de la Universidad de París, el de la escolástica aristoteliciana, el de la polifonía vocal de un Perrolin el Grande, el de las catedrales, el del "Roman de la Rose", el del trovador Rutebeuf, "primero de los poetas malditos, en el sentido en que lo empleaba Verlaine, su auténtico descendiente", en el siglo XIII, digo, se hablaba de buena gana francés no sólo en Italia sino en España y en Inglaterra.

En Francia cantaban los troveros del norte, cantaban los trovadores de Provenza. Cantaba Thibaut sus canciones, y María de Francia sus lais y sus fábulas, anunciando ya a Carlos de Orleans y haciendo presentir a Villon. Ya existía el "Poema de Rolando", y de dos presuntos autores nació el "Roman de la Rose". Hubo canciones de gesta, poemas líricos, misterios, moralejas, farsas, comedias picarescas. Dante Alighieri, gran poeta y hombre de mal corazón, arrulló rugió y maldijo. Petrarca fue erudito, e historiador, y arqueólogo. Fue el gran ciudadano que, acariciando el entonces quimérico proyecto de la unidad italiana, buscaba apoyo en el emperador Carlos IV una vez, y en Roberto de Anjou, rey de Nápoles, otra vez. Fue el soñador heroico que aspiraba a ser el Virgilio de un nuevo Imperio de Occidente. Fue sobre todo el poeta que, junto a la fuente de Vaucluse, compuso celebrados sonetos y canciones en honor a Laura de Noves. Fue el humanista que se desmayó al fin hermosamente en el seno de la muerte, con la cabeza apoyada sobre un manuscrito de Virgilio, en comunión con el espíritu del altísimo vate latino.

Desde el siglo VIII Carlomagno había fundado la Escuela Palatina y la presidía, bajo el nombre de David. Allí enseñaban maestros como el teólogo inglés Alcuin y el sabio francés Eginhard. A partir del siglo IX reinó la Escolástica. Y desde aquel sabio, que tal vez fue escocés, John Scot, que tal vez fue irlandés, puesto que lo apellidaron Erígenno, pero que vivió y murió en Francia, a donde lo había llamado a su lado el rey Carlos el Calvo, hasta el inglés Johns Duns Scot, que a fines del siglo XIII era ya fuerte adversario de Santo Tomás de Aquino,



muchos grandes espíritus se cuentan entre los adeptos de esta filosofía de la Edad Media. Más o menos en la misma época que Santo Tomás de Aquino, el Ángel de las Escuelas, brillaron Rogelio Bacon, el Doctor Admirable, y Guillermo de Occan, el Doctor Invencible, y Raimundo Lulio, el Iluminado, y San Buenaventura, el Doctor Seráfico. Entre los siglos XI y XII encontramos al perseguido rabino cordobés Maimonides, Platón de los judíos, cuya influencia fue tan grande en aquellos tiempos, que a Santo Tomás de Aquino mismo pudo Guillermo de Auvergne reprocharle estar judaizando. Encontramos a San Anselmo, a Roscelin, fundador del nominalismo, maestro de Abelardo, y a este célebre Abelardo mismo, tan renombrado además por otra cosa que por escolástico y conceptualista, a este Abelardo, tan gran filósofo como mezquino varón, de quien algunos peritos en disquisiciones filosóficas dan a entender que fue Lutero cuatro siglos antes que Lutero, que fue Descartes cinco siglos antes que Descartes, y de quien Aquiles Luchaire, autor de notables trabajos sobre la Edad Media, dice: "El fue el dominador intelectual, el dictador del pensamiento científico. El ensanchó en todos sentidos el campo de la reflexión humana". Tal apreciación de la enseñanza de Abelardo no parece exagerada. Abelardo dedicó todas sus fuerzas al conocimiento de la verdad. Y, con audacia extraordinaria en la época de las dos primeras cruzadas, negó la personalidad divina al Hijo y al Espíritu Santo. La iglesia se alarmó de esta interpretación del Evangelio, y Abelardo no escapó a la depuración por el fuego sino encerrándose en el silencio del claustro. De entonces más el pensamiento de Abelardo quedó mutilado y estéril, como su cuerpo. Se ha dicho que el amor no fue sino un accidente en su vida. Por eso hoy su nombre no es sino un eco del nombre de Eloísa, la niña que por amor se hizo mujer, la mujer que por amor se hizo monja y que, en la tumba desde hace casi ocho siglos, todavía es emblema del amor — del amor que es feliz en la satisfacción, constante en la desgracia, y que no sabe del arrepentimiento, ni del cansancio, ni del olvido.

El viejo Aristóteles reapareció en España, pasó el Pirineo de la mano de Averroes, y quedó triunfante aun después que la Universidad de París y la Santa Sede condenaron la doctrina de aquel médico y filósofo cordobés por materialista y panteísta.

Las letras se refrescaron en el golfo de Lyon, se implantaron en Provenza, llevaron sus sabias sugerencias y sus artísticos encantos hasta la Francia parisiense por el norte, y hasta la España andaluza por el sur.

Pero si fue grande el florecimiento de las ciencias y las letras en la Edad Media, mucho más espléndido fue el progreso de la arquitectura. Ya santa Elena había introducido el culto de la cruz en Italia. Ya Constantino, hijo de santa Elena, había hecho pintar en su lábaro el signo de la cruz y el *in hoc signo vincet* que junto a los muros de Roma le habían dado el triunfo sobre Majencio. Desde el año 313 el edicto de Milán favorecía a los adeptos del cristianismo. Y cuando el rey godo Teodorico estuvo en posesión de aquel estandarte de Constantino, hizo que los mejores artistas repararan los edificios públicos y estableció una magistratura especial para que velase por ellos. Estas aficiones se extendieron con el arte románico por las Galias y las Españas. Pero Roma empezó desde entonces a merecer que la llamasen como hace nada más que un siglo la llamó Stendhal, "la ciudad de las tumbas", nombre con que Reclus la confirma diciendo que "es más bien una tumba que una ciudad que vive". Pero Roma también ha merecido que se diga de ella que a su misma muerte debe la vida. *Perche morta, ha vita.*

Al comienzo del siglo VII Eloy fue promovido obispo de Noyon por su talento como platero y cincelador. No fuera extraño que la iniciativa de este nombramiento partiera del mismo Eloy. Pues el rey Dagoberto, de simple orfebre suyo que Eloy era, lo había hecho *Maire du Palais*, y bien se sabe lo que los ministros validos son capaces de hacer para su propia satisfacción. Eloy no se detuvo en tan buen camino ni después de muerto. Había fundado un monasterio para trescientos religiosos, bajo la advocación de san Marcial o de santa Ana, pero este monasterio se llamó luego de san Eloy, porque a Eloy lo habían hecho santo. Un clérigo llamado León llegó a ser obispo de Tours por su habilidad en construir la armazón de los edificios. Verdad es, en cambio, que en ciudades importantes de Italia, en Milán, por ejemplo, en Milán, "la segunda Roma" del siglo XIII, con 200,000 habitantes cuando Londres no tenía sino 30,000, en Milán, la del Duomo maravilloso, suma de detalles arquitectónicos, iglesia poblada con 7,000 estatuas y que dispone de dos enormes canteras, una de mármol y otra de granito, desde el siglo XIV exclusivamente dedicadas a su construcción y a su reparación, en Milán, que posee la galería Brera y la biblioteca Ambrosiana, de la que el pontífice actual fue meritísimo conservador, en Milán, la del imponente Castillo Sforzesco y el celeberrimo Teatro de la Scala, a principios del siglo XIII todavía no había ninguna pared de piedra ni de la-



drillo, sino de paja o de cañas, y para que allí no hubiese incendios se mandó que nadie encendiese lumbre si soplabá viento.

Pero en donde había un edificio se hacía todo lo posible para que durase. Principalmente en Roma. Un escritor moderno ha podido afinar que "el afán de destruir es inusitado en Roma, cuando es posible utilizar, reconstruir o conservar". Y el mismo autor cita en apoyo de su aserción la estatua de san Pedro, en la basílica de su nombre, "que es la de un cónsul romano a la que se le ha añadido la llave". También se citan una santa Elena que no es sino una estatua de Juno transformada, y una santa Ana, que es una Ceres ligeramente modificada. Recordaremos que ni griegos ni romanos habían aguardado la época en que la desnudez fue privilegio del Crucificado para representar vestida a la vengativa reina del Cielo y a su hermana, la generosa deidad de la Tierra. Una adaptación semejante no habría sido posible ni siquiera con una estatua de la casta Diana, como no habría sido posible aprovechar una estatua de su hermano Febo, el Apolo Sauróctono, por ejemplo, ni siquiera para un san Sebastián propicio a ser traspasado de saetas. "Cuando es posible utilizar, reconstruir o conservar", había dicho el autor citado. Y la reserva es buena, pues hubo una época en que el afán de destruir fue, al contrario, muy usado en Roma, cuando se podía utilizar los materiales de las obras paganas en la construcción de las cuatrocientas iglesias que ha llegado a tener la ciudad papal. Para construir la primera iglesia de san Pedro se emplearon los materiales del Círculo de Calígula y de otras muchas iglesias y aun de monumentos civiles. Obras de arte hubo que sirvieron para hacer cal. Seis estatuas no más quedaban en pie en Roma a principios del siglo XV, cinco de mármol y una, de Adriano, en bronce. Caído el Imperio, no hubo en Roma paz duradera. Thor y sus hijos, Breno y sus hermanos, Atila y sus hordas, el Cid y sus caballeros se la disputaban. Los vándalos, ya de vuelta del Africa, desembarcan en donde había desembarcado Eneas y durante catorce días la devastan. La doctrina misma del resignado Cristo fue motivo de crueles discordias. En medio de tantas perturbaciones más se destruía que se fabricaba. Mientras que durante el Renacimiento, en menos de tres siglos se iban a construir en Roma unas doscientas iglesias, la mitad de las que existen allí hoy, en los catorce primeros siglos de la era cristiana se construyeron apenas ciento. Se fabricaba lentamente. Recordemos aquí que es fama que se emplearon más de doscientos años en la construcción

del templo de Diana en Efeso, una de las siete maravillas de la antigüedad, con sus doscientas veinte y siete columnas, por sendos reyes, costeadas, con sus puertas de ciprés y las armazones de su techumbre de cedro. Pero la catedral de San Pedro fue comenzada en el primer siglo de la era cristiana y no fue acabada sino hacia el año 1620, ochenta años más tarde que la nuestra, cien años después de la muerte de Rafael, más de cincuenta después de la muerte de Miguel Angel, que murió, sin embargo, nonagenario y que había construido la cúpula que orienta desde muy lejos a los navegantes. Este templo, el más vasto y más rico del mundo, cuyo costo se calcula en 500,000,000 de liras, ocupa 20,000 metros cuadrados, tres veces más espacio que Notre Dame de París, diez y siete veces más espacio que nuestra Basílica. Guy de Maupassant, en carta escrita a su señora madre el 15 de abril de 1886, esto es, hace poco menos de cincuenta años, le decía: "A mí Roma me parece horrible. El juicio final tiene todo el aspecto de una tela de araña pintada para una barraca de luchadores por un carbonero ignorante. San Pedro es, sin disputa, el más grande monumento de mal gusto que se ha construido en todos los tiempos. En los museos, nada...; sólo un admirable Velázquez." Yo puedo dar testimonio de que esta primera mala impresión que producen comunmente Roma y la Catedral de San Pedro en gente reputada de buen gusto artístico, suelen causarla también París y Notre Dame de París en los primeros días que se contemplan. Notre Dame parece entonces que se está hundiendo en la tierra. Las agujas que debían terminar sus torres no parece que están por construir sino que se han derrumbado ya. Pero poco después no creemos que Notre Dame se está hundiendo en el suelo, sino que surge y se eleva, y que las torres no están trunacas, sino que sus agujas han sobrepasado la altura de las nubes y han entrado ya en el cielo. Y París acaba por gustarnos demasiado y para siempre. "Sólo un admirable Velázquez", dice Maupassant. Y sin duda a Velázquez, como a los demás, Roma empezó por no gustarle. Pero después le costaba trabajo al rey de España hacerlo regresar de Roma a Madrid.

La arquitectura latina propiamente dicha duró hasta el siglo X. En el siguiente le sucedió la llamada arquitectura bizantina, mezcla del arte griego y el arte romano, ambos degenerados. A ésta pertenecen, entre otros edificios notables, el Domo y el Batisterio de Pisa, San Marco de Venecia, San Ciriaco de Ancona, San Miniato de Florencia. Luego vino la arquitectura romano-



bizantina, que se propagó sobre las orillas del Rin, y en el centro y el mediodía de Francia. Se construyeron las iglesias de Dijon, Reims, Cambrai, Orléans, Limoges, Nantes, Perpignan, Poitiers, Autun, Avallon, Saint-Martin-de-Tours y Cluny. El esfuerzo de los aldeanos que deseaban ganarse las indulgencias concedidas por León IX elevó también entonces la antigua iglesia de Strasbourg.

El arte ojival, con el que nada tuvieron que hacer los godos, que por tanto fue mal llamado gótico, nació en el antiguo país denominado *Ile de France*, erigido más tarde en provincia, con París como capital. Las artes y las ciencias iban a florecer en el Renacimiento como de semilla importada, fueron producto esporádico del estudio de las humanidades griegas y latinas. Pero el arte ojival fue producto espontáneo de un suelo y de una raza. El fervor religioso, el entusiasmo artístico, fueron allí entonces populares y unánimes, como habían sido populares y unánimes en la Grecia antigua. Ni la iniciativa ni la dirección venían ya exclusivamente de las asociaciones monacales. La arquitectura sagrada pasó a manos de los laicos. Los castillos eran de los Señores, pero las iglesias eran de todos. Este carácter ha hecho que se conserven mejor las iglesias que los palacios y otros edificios civiles. Son todavía maravillas de la Isla de Francia: la Catedral de Laon y la Catedral de Soissons en el departamento del Aisne, la Catedral de Noyon, y la Catedral de Senlis en el departamento del Oise, y en el departamento del Sena, en la Capital misma, la Santa Capilla y Nuestra Señora de París. Pero hay que salir apenas de aquella *Insula de Francia* para encontrar estas otras maravillas: la Catedral de Sens y la Catedral de Auxerre en el departamento del Yonne, la Catedral de Rouen en el departamento de Seine-Inférieure, la Catedral de Reims, en el departamento del Marne, la Catedral de Bourges en el departamento del Cher, ya a 232 k. de París. A la de Auxerre se refirió Viollet-le-Duc cuando dijo: "Esta iglesia es mi amor". Sin duda por su riqueza decorativa, pues apenas soporta la comparación con algunas de la ya citadas, ni con la Catedral de Amiens, en el departamento del Somme, o la Catedral de Chartres, en el departamento de Eure-et-Loir. No bien pasado el canal de la Mancha encontramos la Catedral de Canterbury, construida en su mayor parte por Guillermo de Sens, llamado "el Francés" para distinguirlo de Guillermo el Inglés, que la acabó cuando el primero se cayó de un andamio. Las piedras fueron llevadas de la Normandía, y pudieron ser desembarcadas en Inglaterra gracias a unas "ingeniosas

máquinas" inventadas por el arquitecto mismo y que en aquel tiempo causaron admiración. A orillas del Rin encontramos la Catedral de Colonia, acabada por los alemanes en 1882, pero erigida desde 1248 para reemplazar el sencillo templo que había construido el obispo Reinaldo de Dassel en honor de los tres reyes magos, cuyas cenizas le fueron a él regaladas por el emperador Barbarroja después del saco de Milán. Allí el hermoso Rin es ovalada luna de espejo en que se mira aquella *Lorelei* de piedra.

En España el arte ojival penetra lentamente, combatido por el arte judío y el arte morisco. Templo hay que participa de la mezquita y de la sinagoga. Tal es Santa María la Blanca en Toledo. Cada arco ojival se hace tímido, parece ir al encuentro de su vecino, su radio es ya más grande que el del intercolumnio, pero se devuelve y se posa sobre el capitel. La Catedral de Avila es casi toda ojival. Se cita la de Burgos por su riqueza y su magnificencia. Sus dos torres, enteramente iguales, cosa rara, están completamente concluidas, cosa más rara todavía. Y así se citan la de Barcelona, la de Palencia, la de Pamplona, la de Murcia, la de Oviedo, cuya torre es hermosísima.

Los arbotantes permitieron dar más grandiosidad a los edificios. Las ojivas levantaban las bóvedas de las catedrales. Precursoras de las nervaduras de acero que el cemento deja presas en las construcciones modernas, estas salientes aristas, las ojivas, al elevarse allá en lo alto de las cilíndricas columnas de nuestra Basílica, hoy, a nosotros, los españoles de la Española, nos parece que imitan nuestras palmeras, como en la antigüedad griega otros elementos arquitectónicos imitaban las encinas de Dodona, en el templo consagrado a Zeuz, en donde hasta el sitial del dios, en el sagrario mismo, era también una encina. Los estolios, en guerra contra los macedonios, incendiaron el templo. Más tarde los romanos devastaron el país. Pero según Pausanias, en el siglo II de la era cristiana aquella encina duraba aún, y era el árbol más antiguo de Grecia. Florecía ya cuando los dioses poblaban los valles, y los bosques, y las montañas, y los ríos, y los mares. El susurro de sus hojas, el arrullo de las palomas que anidaban en su follaje, el tañido de las tazas de bronce suspendidas en sus ramas, el murmullo de la fuente que brotaba de sus raíces eran la voz del Omnipotente, y decían sus vaticinios.

Nuestras palmeras, qué cuentan de lo pasado? Qué auguran de lo porvenir?

Todo este día, con su noche, y el de mañana, y los días subsiguientes, con sus noches, podríamos pasárnoslos echando estas ojea-



das sobre la historia, contemplando estos espejismos del pasado, surcando, a la hora del alba, un océano, absortos, a la tarde, ante un crepúsculo de montaña, deslumbrados por la luz de un mediodía, o sobrecogidos de terror, una oscura noche, en una pesadilla. Y avaluando materiales: piedras, aguas y aires, razas y especies, brutales instintos y divinas ideas, descubriendo causas, apreciando resultados. Y proponiendo conclusiones. El material propicio lo constituyen los hombres. El resultado palpable es una civilización que se desarrolla indefinidamente. La aspiración a la felicidad es una tontería. Todo el espacio está ocupado con lo que sabemos que hay y con lo que sabemos que puede haber. No hay lugar para el cielo. Pero hay ese cielo azul que no es cielo ni es azul y que algunos vemos tan azul y tan celestial que con él soñamos deliciosamente, y por él nos consolamos de que haya sobre la tierra gente incapaz de soñar la vida, ni de entregarse a la corriente del océano ideal, ni de salir del pantano de agua estancada y pútrida en donde se agita ensangrentándose con sangre derramada, ajena a la maravilla de la sangre viva, y croando, ajena al canto del ruiseñor del alma. Sí: El elemento indispensable lo constituyen los hombres. Pero los hombres no son de ninguna manera iguales. Y en lo que más se diferencian es en sus facultades. Nuestra nación, que fue nido de águilas, apostadero de dioses, es nido de gorriones hoy, pobre choza que no deja de ser choza pobre porque en algún lado se le haya hecho una vistosa fachada, porque tenga un garage para automóviles, porque en el techo se empinan antenas para escuchar blues, fortrots y rumbas. Hemos mejorado nuestros productos agrícolas. La selección ha enriquecido nuestro ganado. La holgazana abeja negra no es ya reina en nuestras colmenas, sino la productiva abeja rubia que traímos de Italia. Traigamos más. Y traigamos mejores granos, mejores sementales. Nuestra historia nos revela una verdad que no nos gusta. Es muy amarga. Algunos de nuestros elementos étnicos no son apropiados a dar sana leche de progreso, rica miel de civilización. Hay que mejorarlos. Urge, precisa, es forzoso mejorarlos. Civilización no es sólo materia útil, acción portentosa, cine, deporte, lujo, regalo, deleite, color en los labios, pomada en los cabellos. De tal civilización decía Mallarmé que estaba "lejos de procurar los goces atribuidos a ese estado". Pero Mallarmé añadía: "La divina transposición para cuyo cumplimiento existe el hombre, va del hecho al ideal". Este selecto obrero de "la divina transposición" es la abeja rubia que yo deseo obtener para nuestros panales. La mayor ven-

taja que sobre el irracional posee el hombre, es que puede llegar a tener voluntad de mejorarse, de una manera en sí mismo, de otra manera en su descendencia. Una inmigración prudente y una racional y noble educación harían que se ensancharan y fortificaran pronto los núcleos de buenos elementos que poseemos. Y aquí es donde se evidencia mejor la utilidad de intensificar los estudios de las humanidades en la segunda enseñanza y de restablecerlos en la Universidad, como Pedro Henríquez Ureña ensayó hacerlo en 1933. Porque las humanidades son alas y frenos del espíritu. Al mismo tiempo que le dan nobles arrojos, ansias de altura, lo disciplinan. Y esto se refleja desde luego en la vida de la nación. A los que tenemos, con cualquier título que sea, desde el ciudadano Presidente de la República hasta el más humilde institutor rural, el compulsivo deber de velar por la educación en nuestro país, nos toca hoy esforzarnos por no merecer que Sócrates vuelva a clamar: "A quién han hecho mejor?". Como Confucio, apenas un siglo antes, clamaba; "Civilización! Civilización! Es el grito de ahora. Pero ¿cree esta gente que lucir finos jades y vestir trajes de seda es toda la civilización?" O como, veinte y cuatro siglos después que Confucio, otro sabio, chino también, decía, en Pekín mismo: "La esencia de la civilización no consiste en trajes, casas, muebles, máquinas, barcos ni cañones, sino que es ante todo y sobre todo gentileza de la mente y del corazón, es una vida espiritual."

Porque el objeto de la educación es, en efecto, hacer mejores a los hombres. Y consiste en ayudarlos a hacerse capaces, no de arrebatarse a otros el bien, y gozarlo, sino de concebir, siquiera, con esperanza, el suspirado bien.

La educación nacional no debe limitarse a servir de cimiento, a promover, a dar oficio o profesión a los que sólo de pan quieren vivir y aspiran a obtenerlo arrancándolo a los que lo producen al sudor de su frente. Ennoblecidos y elevados por las humanidades, todos nuestros jóvenes tendrían a menos ir a engrosar tropas de profesionales sin buen crédito, después de obtener un diploma que, o la severidad del que lo otorga no ha autorizado siempre, o la rectitud del que lo recibe, y tal vez ni su labor, tal vez ni su inteligencia o siquiera su buen sentido, no han justificado siempre. La historia revela al hombre las leyes de su propio desarrollo. Y la historia no nos da nunca más provechosa lección que cuando nos muestra la ventaja que halla el hombre en que se hagan conjuntamente la educación de su cuerpo y la de su alma. Entendiéndose bien que, tanto para el músculo



como para el espíritu, lo importante no es dar saltos o aparar pelotas, ni almacenar conocimientos y recordarlos con más o menos oportunidad y brillantez. Lo importante es que músculo y espíritu queden desarrollados y aptos.

Atenas reservaba buen lugar a los filósofos en los gimnasios. Cuando el vuelo libre de la palabra de Platón ofuscó a Dionisio I, este tirano de Sicilia puso en cadenas al filósofo, y lo regaló al embajador espartano Pollis. Pollis lo vendió en Egina a un hombre de Cirene llamado Annikeris. Los amigos de Platón recogieron cuotas para rescatarlo. Pero Annikeris lo puso en libertad sin aceptar que le pagasen para rescatarlo de su desmoronamiento. Los amigos de Platón decidieron entonces comprar con el dinero reunido una casa y un jardín, para que el filósofo estableciera allí su escuela, a seis estadios, esto es, a poco más de un kilómetro, de Atenas, y junto al gimnasio consagrado a Academo, héroe mítico del Atica. Los jóvenes atenienses podían pasar así, oportunamente, de los rudos ejercicios corporales a los ejercicios más genuinamente platónicos de todos los tiempos.

Si el hombre desatiende los apremios morales, irá, desviado, a perderse en los fáciles goces de la materia. Si desecha lo espiritual por lo temporal, lo verdadero por lo útil, volverá rápidamente al estado de la bestia. Su actuación no solicitará sino el cumplimiento de los apetitos. Su Dios será no más que su suministrador. Su mujer será no más que su hembra, carne sin alma. Y la nación será mercado, taller, arsenal. Será altar de sacrificios, templo que la superstición llenará de ofrendas. Será casa con gineceo, palacio con serrallo. Pero no será fábrica de sabiduría, laboratorio de ilustraciones virtuosas. Ni será atalaya que ensanche el horizonte humano, ni nada que engrandezca la familia humana, que cada día humane más al hombre.

Los cambios del hombre lo dejan semejante a sí mismo. En lo que va de la cuna a la escuela y a la plaza pública el hombre adquiere hoy entre los hombres todo lo que la humanidad ha ido adquiriendo en su ya inmemorial existencia. Pero el hombre, abandonado por el hombre, a cada generación retrogradaría de muchas generaciones. Su lampiño cutis fuera veloso pellejo, su claro espíritu intrincada maraña. Con roma nariz sintiera la presa a distancia. Con pies otra vez prensiles devendría de nuevo apto para vivir en los árboles. El hombre es el ser que en todo tiempo se va adaptando a las condiciones de la vida, aunque sin jamás amoldarse a ellas completamente. Pero, en una o en otra condición,

el hombre está, siempre estuvo, estará siempre impregnado de facultades que le permiten discernir si los hechos son falsos o verdaderos, su particular manera de realizarse, lo que los origina y lo que de ellos se origina.

En donde quiera en donde hay una población, grande o pequeña, obscura o brillante, sedentaria o nómada, algo ha de estar pasando. Pero si somos testigos de lo que ocurre, nos sorprenderá siempre la manera como se realiza. Porque se diferencia mucho de la que nos parece lógicamente necesaria y que al mismo tiempo creemos estar viendo. Estas dos proyecciones superpuestas las vemos también en la pantalla de la historia. Y si la verdad corra pendiente a cada remoto suceso quisiera salir, desnuda, del obscuro pozo del pasado, los ojos ofendidos serían los suyos y sería la suya la voz enmudecida de asombro. Porque en la pantalla de la historia la proyección de nuestra psíquica cinta parlante es la que cada vez predomina.

Antes de la vejez, mientras el hombre es más apto para la vida, y en la proporción en que lo es, está, sin saberlo, haciendo historia, y la historia no le interesa si no es, acaso, como tema de controversia. Ya en la vejez, se da cuenta de su obra, ve que su obra no es sino una malla en la obra común. El, en sí, descubre a los otros, y se descubre él en los demás. Y estudia la obra común en sus contemporáneos, en sus antepasados y en sí mismo. Esto es, compara y se compara, narra y se narra.

A los que hablan una lengua extranjera, o nuestra propia lengua como la hablan en otros países, les decimos que tienen acento, que cantan. Pero ellos no notan diferencia de entonación sino en nosotros. De igual modo, una colectividad de hombres, una nación, no para mientes en su propia manera de ser ni en sus propias costumbres mientras no conoce la manera de ser y las costumbres de pueblos extraños, las que siempre les parecen chocantes, como encuentra, más tarde, chocantes las de sus propios antepasados. Y las unas y las otras, por chocantes las describe primeramente, y por chocantes las describe la historia. Si Herodoto no hubiese viajado no habría sido historiador. La curiosidad engendra la aplicación.

Dos peligros hay entonces. Que al observar estemos armados del troquel de un dogma y pretendamos ajustar con él los hechos observados. Seremos en este caso más torpemente bárbaros que Procusto. O que al comunicar lo observado no tengamos libertad para expresarnos y que consintamos en desvirtuar los hechos y desvalorar sus enseñanzas. Esta cobardía física es



todavía más censurable que la imposición de aquella determinada norma espiritual. Sobre todo si se considera que la enseñanza de la historia es de una fatal importancia para los hombres jóvenes y los jóvenes pueblos. Montaigne decía "nuestros más grandes vicios adquieren su doblez desde la más tierna infancia y nuestro principal gobierno está entre las manos de las nodrizas. Los jóvenes pueblos y los hombres jóvenes están, sin embargo, perfectamente capacitados para sentir que los engañan. Lo más malo aquí es el ejemplo de la falsedad. Y el ejemplo más detestable es el de quien debiendo ser censor se muestra censurable. Lo más bello de Baudelaire lo escribió en su diario íntimo: "Antes que todo, ser un gran hombre y un santo para sí mismo".

El que refiere las acciones de los hombres del pasado no puede dispensarse de ir haciendo su crítica. Porque, ya lo dijo Leopardi, en cada escritor hay un hombre de acción. Y el hombre de acción juzga de las acciones según su personal espíritu. Pero la crítica es menos aceptable si se basa en que la acción referida no está conforme con un credo que a priori se ha adoptado, y es inadmisibles si no se funda sino en una consuetudinaria fe de carácter religioso. El conocimiento se integra en nosotros y no puede ser sujeto de la fe. El sujeto de la fe debe ser extraño, desconocido, misterioso. Entre las humanidades greco-latinas del Renacimiento y la ciencia experimental moderna la creencia religiosa toma el aspecto del temor. Este sentimiento no es ya bastante fuerte para moderar los apetitos que pueden conducir el ser humano al exceso, a la falta, al pecado, pero es lo principal del arrepentimiento.

Cada hombre se ha preguntado, como Musset: *Qu'est-ce donc que la vie et qu'y venons nous faire?* (Qué es pues la vida, y a la vida, a qué venimos?) Pero la historia ya nos responde que hemos venido a la vida para vivirla según su propia regla, aunque todavía no conozcamos esta regla de la vida, y que seguiremos viviendo la vida según su propia regla aunque lleguemos a darnos cuenta de la esencia de la vida y a conocer su regla. Digamos con Pascal: "Toda la serie de los hombres durante el curso de tantos siglos debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente".

En obra publicada no hace mucho, un profesor eminente de la Facultad de Ciencias de París, dice: "Se ha solido considerar la evolución de un ser como una marcha hacia determinado fin. Es una falsa mane-

ra de ver: las manifestaciones de la vida no tienen objeto." Pero hay que estigmatizar lo que el biólogo M. Charles Nicole llama "dos malos hábitos", que podemos formular así: Primer hábito malo: Vivir como quien soporta no más la vida. Segundo mal hábito: Vivir como quien no espera de la vida sino gozo y provecho. Habría que seguir estas dos reglas morales que dicho sabio profesor preconiza: Primera regla: "Ser unos mejores nosotros mismos. Segunda regla: Vivir como si debieramos por siempre vivir."

La historia debe ser escrita. Y de todas las formas de los escritos se puede ella servir: de la inscripción al libro, del diario a las décadas. Ya antes he enumerado muchos de sus aspectos. Don Miguel de Unamuno dice: "En un cierto respecto casi todas las novelas son, en rigor, históricas, si no de historia remota, de otros tiempos, de historia contemporánea, por lo menos. Todo lo que se propone retratar costumbres hace historia." Fue opinión de Descartes que "el poeta alcanza la verdad más seguramente que el lógico, porque la hace brotar de la naturaleza, en vez de recurrir a penosos razonamientos." Yo diría que todo lo que refiere con verdad y con acierto es historia.

La cualidad indispensable aquí es la sinceridad. Por eso, Cantú escribió, hace más de cincuenta años, esta homilía: "A las generaciones venideras les costará más trabajo descubrir la verdad en los periódicos de estos tiempos que a nosotros nos cuesta hallarla en los cronistas de la Edad Media, los cuales, rudos pero no viles, engañados pero no engañadores, juzgan mal lo hecho, pero no se desprenden de sus sentimientos interiores ni hacen gala de ser cobardes." La verdad no es absoluta ni siquiera en lo que se refiere a un hecho concreto. Pero la historia tiene todo interés en aclararla. Su carácter y su objeto la obligan a ello. Si el historiador descuida este empeño por ineptitud, o lo abandona por pereza, o lo evita por cobardía, será muy ciertamente inepto, holgazán, cobarde. Pero no será historiador. Un momento antes de tomar la cicuta, Sócrates decía que hablar impropriamente es no sólo cometer una falta en lo que se dice, sino causar un mal a las almas. Y nuestro capitán González Fernández de Oviedo, declara que "poco tiene que hacer para decir la verdad el hombre libre que desea usar de ella". El lenguaje del historiador debe ser sencillo, persuasivo, claro. Lo abstruso repele. Lo mandado indisponne. El que va a obedecer empieza a odiar. Las demostraciones que no podemos entender son vuelos en la sombra, aguas perdi-



das en las arenas del desierto. Comprensión es claridad, es soplo que lleva el polen de todas las fecundaciones. Por lo demás, la enseñanza de la historia, como todo lo que el hombre se refiere, debe estar basada en la nobleza del amor. La historia induce al hombre a dar toda la extensión posible al precepto que dice: "Amamos los unos a los otros", cuyo significado alcanza tanto como a lo actual a lo pasado y a lo por venir. El amor no puede ser sino del hombre cuya mirada se posa, del hombre que contempla. Que esta contemplación vaya a seres más o menos animados, o que se ejerza sobre actos volitivos, sobre hechos o fenómenos cualesquiera, y en lo actual o en lo pasado, ella siempre ocasiona amor. Pero aunque hijo de la contemplación, el amor no nos deja en ese a mal traer, en ese nirvana cristiano, en el que el ser humano se olvida de sí mismo para soportar la existencia. Al contrario, el amor es generosa alegría, fuerte estímulo de vida que se revela en una actividad de nuestro espíritu de tal carácter que sólo quiere emplearse en llevar lo que amamos hacia lo que en nuestro concepto es bueno. No se debe decir que quien nada hace no hace nada malo. Hasta con no hacer nada se puede hacer lo peor. Y es sabio precepto de Victor Hugo que "ninguno de nosotros tiene derecho a una vida que sea de él" (*Nul de nous n'a le droit d'avoir une vie qui soit à lui*). Gran dolor es para el hombre de buena voluntad que se siente en posesión de cosas útiles que quisiera dar, cuando no puede ponerse en situación de darlas de modo que aprovechen a los que las reciban, y cuando las ve consumirse como semillas que no encontraron campos donde sembrarse! El historiador es un maestro. El maestro es un servidor, como lo es todo funcionario. Y Goethe demuestra en su segundo Fausto que ni el Emperador ni sus funcionarios deben pretender gobernar y gozar egoístamente a la vez, porque estas dos actividades se excluyen. Lo que a uno solo de nosotros le convenga poca importancia ha de tener. Pero la vida consagrada a servir es riqueza en la más rica sociedad. Quién envejeciera diciendo como Miguel Angel: "Ay de mí, que al pensar en los años pasados no hallo

ni un solo día que haya sido mío!" Si no pones mucho de ti mismo en tu obra, no es tuya. Y si para lo que en ella te pones no es para servir, no es buena. "Parecidos a las hojas de las florestas los hombres se van, arrastrados por el tiempo", cantaba Homero. Pero las vidas de los hombres ilustres son estrellas fijadas en el manto de la historia. Aun en las vidas más pobres de apariencia, más desprovistas de acento, aun en las vidas de personajes inútiles, o bajos, o malvados, capta a veces la historia momentos de lucidez, de altura, de bondad, en los que aquellos hombres se han hecho necesarios por su propósito, por su eficacia, o preciosos por un ejemplo entrenador, o venerables por un socorro de su influencia moral.

En la cultura del espíritu, como en todo lo que le atañe, está demás designarle carriles, imponerle credos inflexibles, catecismos a la letra. Su propia retracción bajo el sable, en el tormento, o delante de la hoguera, es inútil. El error mismo del espíritu importa poco. Fenelón observaba que las más de las veces el suplicio de los herejarcas fortifica la herejía. Se puede echar mano del cuerpo, como se puede echar mano de la leña. Pero no de la llama. Pero no del espíritu! Las lecciones de la historia desvían de lo limitado o puramente convencional y baladí en lo cotidiano, separan de las estrechas doctrinas, quitan de las mudables opiniones, elevan por cima de los terreros comicios. La esencia de su enseñanza es que para el hombre la cultura es lo esencial. Pero no la cultura cogida, así la mosca en la telaraña, en la red de programas de escuelas más o menos estrictos, más o menos oficiales. Sino de la cultura que sigue la corriente que el mismo calor del espíritu origina, como el calor físico origina la corriente de aire. Aprender es función de seres libres, es encaminarse sin trabas hacia el propio mejoramiento. Como el grano que el sembrador lanza hacia adelante, la cuna es simiente de porvenir. El grano que ya ha germinado queda atrás. El maestro es el hermano mayor, la enhiesta planta mayor, que no enseña sino dando su follaje, sus flores y sus frutos.

